

Recorte de:

MIT

MALAGA

626
F1 AGO 1992

Fecha:

«Los dioses Inaccesibles» (Fragmento)

MIGUEL ANGEL RIERA

PERO no se trataba de amor, creo verlo claro. Lo que me ocurría era que me sentía seducido por la gracia, lo que, con otros matices e intensidades, me venía ocurriendo desde siempre. Y es que una fascinación semejante, brotada con idéntica rapidez, la había vivido en otras ocasiones. Y he de decir que cuanto más intenso y frecuente era el hechizo más me había hecho sentir digno de Dios y permeable a su proximidad. No quiero hacer mención a otro, y aun de pasada, que al vivido por una joven feligresita durante un periodo tan breve como sufriendo en silencio, algo que,

sin embargo, casi ni llegó a ser historia y que por lo tanto preferiré no recordar. Con esta sola excepción y antes de distinta experiencia, mis ensalmos habían sido siempre consecuencia de impactos estéticos no localizables en un cuerpo humano: quizá en una coral de Bach, en unos versos de Virgilio, en aquel San Luis de Sebastian del Piombo que pude contemplar en Venecia, emergiendo de la silenciosa penumbra en la pequeña iglesia de San Bartolomeo...

La fascinación que ahora sentía era semejante pero también distinta, ya que por vez primera proveía de algo que, ¿cómo decirlo?, se

parecía demasiado a mí mismo, era como yo soy, medible y concreto, distante y ajeno, pese a que Alexis, apenas entrevisto, permanecía lejos de la demorada contemplación que, en cambio, había destinado al arte creado por los hombres.

El misterio que, de súbito, se había alojado en mí, me colmaba de luz interior, y al instante presenti que aquel encantamiento, asentándose en mí de manera inversa a la duración fugaz del pacto que lo producía, iría para largo. Era algo semejante, en cuanto a la desproporción entre estímulo y respuesta, a lo que me

ocurría cuando, por sólo unos segundos y muy pocos días al año, se producían ciertos prodigios luminosos: se daban al reflejarse el sol poniente en los peñascos del monte desde donde, rebotando, se deslizaban a traves de las ventananas de las casas, cuyo humilde interior solemnizaban al iluminar el perfil rústico de algún recipiente de cristal o dejando todo un rastro de brillos alrededor de las estampas de la Virgen, sobre el cabezal de algunas camas, junto a las que yo había asistido a escenas de vivo dolor.

Medité intensamente aquella noche. Luché con energía contra

aquel sentimiento de dependencia que iba creciendo en mí, y me dejaba a merced de una voluntad ajena, sin rumbo propio, igual que una vieja y raída barca a merced del oleaje. Acelerando los hechos, situé mentalmente aquel bello cuerpo en un futuro lejano y, esforzándome, acerté a verle erosionado por los días, marchitable pese a su beldad. Y cuando por la persiana de mi cuarto comenzaban a filtrarse las luces del alba, de pronto vi con claridad que aquella condición de Alexis de ser gracia en tránsito era precisamente la cualidad de donde partía la irresistible magnitud de su encanto.